

años de su coronación llamó á cenobitas budhistas y brahmanes, deseoso de saber el fondo de toda la religión y de los deberes del hombre, despidiéndolos después con ricos presentes.



Visnú con cabeza de león. Templo de Arikimba en Badami.

Desde entonces, como se lee en otras inscripciones, se mostró amigo y fomentador celoso de la verdadera ley, y después de un llamado tercer sínodo, envió á todas partes mensajeros para conquistar sin guerras, ni empleo de fuerza de armas, todo el mundo al budhismo. Esto fué lo que dió á Asoca el sobrenombre de Darma-Asoca, ó sea «el Asoca de la ley», y lo que le hizo tan grande y célebre en la historia de su religión, en la de la India y en la universal. Sus creaciones é instituciones, sus sentencias y monumentos, que aseguran su memoria para siempre, respiran sin ninguna duda el espíritu del budhismo antiguo.

El budhismo en el reinado de Asoca.

La historia de los jefes del budhismo guarda perfecta analogía con la historia de los soberanos contemporáneos que se sentaron en el trono de Magadha. Se citan cinco ó seis nombres que no se parecen en las diferentes

leyendas, las cuales les atribuyen milagros de longevidad extraordinarios, prevaleciendo por su abundante contenido las historias de los patriarcas. No nos interesa tanto fijar los nombres y personas de los patriarcas que vivieron en tiempos de Asoca, como saber el carácter y estado de la doctrina que adoptó, fomentó y protegió este rey. Atendiendo á esto, encontramos un budhismo, no material y exterior, ocupándose en cuestiones de disciplina que provocase divergencias y cismas entre los discípulos y la comunidad, sino un budhismo primitivo de sabiduría práctica, un budhismo de amor universal, de tolerancia y de caridad como lo predicó el Budha y como resulta de los documentos y escritos más antiguos sobre cuya autenticidad no caben dudas.

En la colina de Girnar, situada en la península de Guzerat, cerca del mar, se han encontrado y descifrado grabados en la peña varios edictos de Asoca que revelan el estado moral de su época.

En estas inscripciones se nos presenta Asoca como soberano paternal, justo, bondadoso para con todos sus súbditos sin diferencia de creencias; pero en las tradiciones budhistas figu-

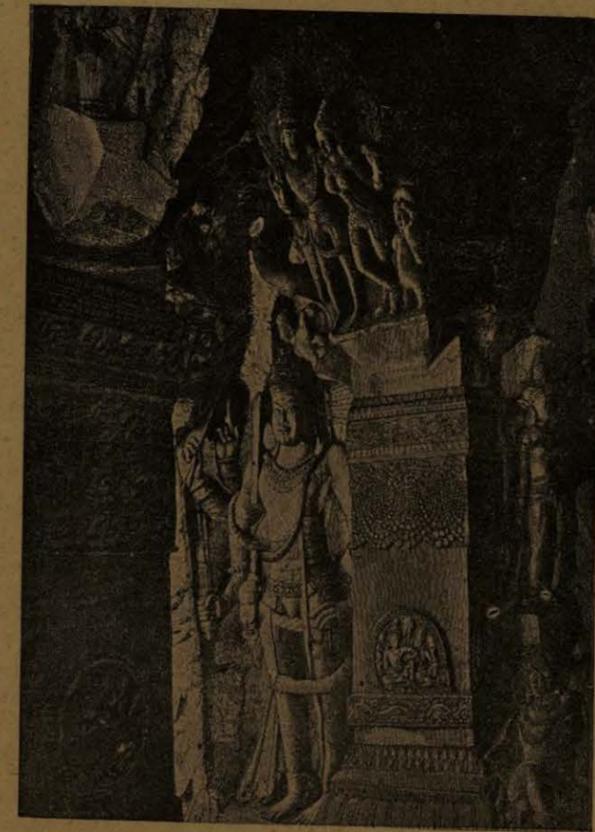
ra más propiamente budhista. En un edicto circular saluda el rey al clero, ó sea á la comunidad de los monjes de Magadha, deseándole dicha y bendición, declarando á los venerables su gran respeto y veneración á Budha, por su ley y por su comunidad; y dice que todo lo que ha dicho «nuestro señor el Budha», está bien dicho, y por lo mismo sólo tocaba á él procurar que esta ley (la fe verdadera) se conserve. Luego cita algunos trozos de la tradición sagrada que deseaba aprendiesen y observasen los monjes, monjas, hermanos y hermanas laicos, á cuyo objeto había mandado gravar esta inscripción. Con ella se relaciona un tercer sínodo, el de Pataliputra, que los budhistas del Sur fijan en el año decimoséptimo del reinado de Asoca, pero del cual nada ó casi nada dicen las tradiciones budhistas del Norte, que de consiguiente tampoco reconocen este concilio como legítimo.

La tradición menciona esta asamblea del modo siguiente. Cuando el rey Asoca se convir-

tió al budhismo, debieron ingresar en la misma religión, por lo menos en apariencia, millares de adeptos de otras sectas, atraídos por las ventajas que ofrecía el ser miembro de la secta del rey. La consecuencia fué que se introdujeron en el budhismo doctrinas y usos erróneos, mientras otros usos y doctrinas cayeron en olvido. Así fué que los monjes del convento de Pataliputra dejaron pasar siete años sin celebrar ninguna *uposata*, por no querer celebrarla los monjes ortodoxos con los espureos, lo cual, sabido por el rey, envió á su ministro para restablecer el orden antiguo, y cuando éste encontró resistencia empezó por cortar la cabeza á los santos recalcitrantes, hasta que tocó el turno al hermano del rey, y entonces suspendió su operación y pidió instrucciones al soberano. Este acudió en persona, lleno de angustia y escrúpulos de conciencia, porque muchos le acusaron de no haber observado la ley, y llamó del otro lado del Ganges á Maudgaliputra, que le fué recomendado como el santo más grande de aquella época. El santo se presentó después de haber sido invitado varias veces, hizo milagros á la vista del rey, y le absolvió de toda culpa. Este santo convocó después una asamblea de algunos miles de monjes escogidos, que celebró sus sesiones en el convento de Pataliputra durante nueve meses, señalando las doctrinas falsas que se habían introducido y exponiendo el presidente la doctrina verdadera, que se encuentra bajo el título de *Catavathu* en el *Canon pali*. Por supuesto, mucho de lo que refiere la tradición de esta asamblea y de su presidente es pura fábula, como sucede con las relaciones de otros concilios, personas y extraños sucesos, como el terremoto que ocurrió á guisa de solemne final de este concilio. Pero es seguro que se reunió la asamblea, pues forma la base de la comunidad budhista del Mediodía, si bien fué sólo una asamblea parcial y no general, como se habían efectuado ya muchas otras que no adquirieron celebridad. Desde el segundo concilio general se habían aumentado los cismas y divisiones dentro de la comunidad budhista, formándose también sectas y escuelas con diferentes teorías, ya dogmáticas,

ya metafísicas, que dieron origen á escisiones con sus diferentes ramas según las comarcas y las diferentes opiniones y maestros. Reconociáanse cuatro escuelas principales divididas en diez y ocho ramas. Enfrente de la iglesia budhista principal, que era la del Norte, había un número de iglesias secundarias fundadas sobre una teoría especial y metafísica basada en alguna sentencia del mismo Budha, y estas iglesias recibieron en la citada asamblea la confirmación de su calidad de ortodoxas.

No es esto, sin embargo, lo que dió fama á dicha asamblea, sino el hecho de haber salido de ella apóstoles de la doctrina pura, bien que ninguna de las historias maravillosas de estos apóstoles menciona ni á la tal asamblea ni á su presidente, ni tampoco puede aprovecharse como material histórico. Nueve son estos após-



Altar de Visnú en Badami.

toles principales, cuyos nombres parecen tan míticos como sus obras, porque desde luego se cuenta que fueron por los aires á los puntos de su destino. Madyantica se dirigió de este modo á Cachemira y Gandhara; Mahadeva á

la comarca de Misur en el Decan; Raxita al país de Vanavasi al Nordeste y Sona y Utara á Suvarnabhuma, en Malaca, el país del oro, convirtiéndose en todas partes más por milagros estupendos que por sus palabras á millares de seres fabulosos, espíritus, gigantes y hombres-serpientes, etc., en más número que verdaderas personas humanas. Sin embargo, en el fondo de todas estas leyendas y fábulas hay algún hecho positivo, como lo es por ejemplo el envío de misiones en el reinado de Asoca á otros países y que allí hicieron conversiones: sólo que esto ocurrió mucho después, y se hizo por personas que llevaban otros nombres. Así, es histórica la conversión de Mahendra en Ceilán, pero apenas se puede adivinar este hecho histórico entre la balumba de fábulas que envuelven las personas y los sucesos.

La Crónica de Ceilán enlaza con esta historia el comienzo del dominio de los aryas en aquella isla y el principio de la era budhista, de suerte que el primer soberano arya puso los pies en la isla el día en que Budha murió. Había llegado Mahendra con sus compañeros á la isla, cuyos habitantes estaba encargado de convertir, en el reinado de Devanampriya-Tishya, hijo segundo y sucesor de Mutasiva. Mahendra ó Maha-Mahendra (el gran Mahendra) era el hijo primogénito del rey Asoca, á quien su padre hizo entrar con su hermana Sanghamitra en la orden budhista siendo muy niños. En el sexto año del reinado de Asoca emprendió su hijo la misión en Ceilán y la cumplió en el décimoctavo del mismo reinado, después de haber aguardado siete meses el momento más favorable para su empresa. Llegó á Ceilán y á la cumbre de Ambastala, de los montes de Misaca cerca de Anuradhapura, en el día de la plena luna del mes llamado Yyeshta del año 236 después de la nirvana de Budha.

Al llegar el misionero con sus acompañantes estaba ya preparado el joven rey de la isla, que había recibido de Asoca, correspondiendo á los presentes que le había enviado, otros presentes con todo lo necesario para su coronación y al mismo tiempo noticia de la fe budhista del rey. Sucedió, pues, que estando de caza el joven rey de la isla y persiguiendo una ligera gacela llegó á la mencionada cumbre, donde el santo había tomado tierra al bajar de su viaje aéreo. El santo llamó al rey y se dió á conocer con sus compañeros diciéndole: «Somos ascetas, adeptos de

la ley del señor, noble príncipe, y venimos desde Jambudipa para vuestra salvación.» Al oír esto se acordó el rey del aviso del rey Asoca de Pataliputra y resolviendo aceptar con su séquito la instrucción, invitó á los monjes á visitarle en su capital Anuradhapura, adonde en efecto los monjes se trasladaron volando por el aire al día siguiente. En el punto donde la misión había tomado tierra á su llegada á la isla, al Este de la ciudad, se eleva un antiguo santuario. El santo predicó al rey, á sus consejeros, á la reina Anula y á las demás personas, mujeres y niños de la corte, convirtiéndoles á todos. Luego predicó á la multitud del pueblo que se había reunido fuera del palacio y también se convirtieron muchos miles. Devanampriya-Tishya hizo pasar á los monjes la noche en su jardín de Meghavana y al día siguiente se lo regaló para siempre y mandó construir para ellos un convento en el jardín de Nandana, que formaba parte del primero. Desde este convento se extendió el budhismo por la isla, é ingresaron en la comunidad un príncipe real llamado Arishta y con él 55 otros varones de familias distinguidas. Un mes justamente después de la llegada de los apóstoles, el día de plena luna del mes de Ashadha, el rey Devanampriya-Tishya señaló con un arado de oro tirado por dos elefantes el límite de la primera circunscripción budhista en su territorio.

Así cuenta la leyenda la introducción del budhismo en la isla de Ceilán; pero lo que sigue es no solamente fabuloso, sino que ni siquiera observa correlación. Después que los monjes pasaron la *varsha* ó estación lluviosa en las montañas de Misaca, donde el rey les había construído también un convento, volvieron á su establecimiento de Nandana, y habiéndoles prometido el rey proporcionarles cuanto necesitaran todavía, enviaron á Sumana, discípulo de Mahendra, á Pataliputra, al convento construído por Asoca, para que recogiera las reliquias de Budha. En efecto, las llevó el enviado guardadas en una caja de oro, sin necesitar más que un día para el viaje de ida y vuelta, y habiéndole sobrado todavía tiempo para visitar la morada de Indra en el Himalaya. A su regreso tomó tierra en la cumbre de Misaca, que por esto se llamó monte Cetiya. Las reliquias fueron recibidas con gran solemnidad, paseadas procesionalmente y depositadas por fin en un sitio sacratísimo donde se erigió una *stupa* con un

convento adjunto, cuyo monumento, llamado Tugarana, es seguramente tan antiguo ó más que cuantos de su clase existen en la India.

El establecimiento del budhismo en Ceilán exigió un símbolo material, necesidad que fué cumplida con motivo del deseo de la reina Anula de hacerse monja con otras mujeres. Para que se cumpliera este deseo era menester que fuesen recibidas por una comunidad de monjas, y á fin de conseguirlo fué enviado el príncipe Arishta á Pushpapura, en busca de Sanghamitra, la hija de Asoca, para llevarla con sus compañeras á Gaya y buscar allí una rama del árbol sagrado. Después de alguna vacilación concedió el rey Asoca el permiso y acompañó en persona la embajada por el Ganges y luego al través de los montes Windias hasta la costa, donde se embarcó la comitiva y llegó en siete días á la isla de Jambulica (Ceilán), cuyo rey recibió con grandísimo séquito á las viajeras y llevó en persona la rama santa á tierra. Desde allí fué conducida en procesión solemne, en la cual figuraron la hermana de Mahendra y once monjas más, seguidas de toda la población, hasta el jardín y convento de Mahamegha, siendo innumerables los milagros que se verificaron en esta fiesta. El rey fué el primero que sacrificó guinaldas é incienso en honor del árbol, de cuya custodia se encargó también él mismo, y para cumplir mejor su propósito encargó interinamente el gobierno, con las insignias del poder real, á los jefes de las castas, de donde se infiere que las castas continuaron entonces en Ceilán también bajo el dominio del budhismo. La reina Anula y centenares de mujeres fueron consagradas monjas, y muchos jóvenes de distinción entraron también en la orden.

La rama del árbol sagrado de Gaya se arraigó, y dió vástagos para toda la isla. La doctrina trasplantada á Ceilán fué la que era común á todas las escuelas budhistas antes de su división, escrita en lengua pali, que llegó á ser así la lengua sagrada de Ceilán. Se había cumplido la profecía del Budha, y todavía hoy se eleva en la isla de Ceilán, tierra santa del budhismo meridional, el símbolo ó árbol sagrado del budhismo.

Volviendo ahora á Asoca, cuyo nombre va unido á la consolidación y propagación del budhismo, vemos que este rey parece otro distinto del que conocemos por sus inscripciones, pues si en éstas se presenta sabio, paternal y

tolerante, en los escritos budhistas figura como instrumento ciego ú obediente del clero ó sea de los monjes. También se ofrece á nuestra observación bajo estas dos fases el budhismo de la época, pues por un lado aparece solamente espiritual é interior y por otro lleno de milagros, de santos y de adoración material. Para formar una idea del estado exacto de esta religión en aquella época hemos de combinarla con rasgos de las dos fases; porque es propio de la humanidad buscar una forma exterior, forma dependiente del país y de la época, para las creencias puramente espirituales, y lo mismo sucedió respecto del budhismo. En todas partes donde se introdujo esta religión fué plantado un árbol de la ciencia, ó sea un *bodhi*, á lo cual contribuyó también la tendencia á dedicarse á la meditación devota en la soledad de la selva. Así se hizo este árbol el símbolo de la comunidad budhista, como lo fueron también la rueda y la columna. En todas partes las esculturas budhistas representan el árbol sagrado llevándolo al pie el trono ó sede del conocimiento, como se ve en muchos relieves en los siguientes grabados, que figuran la plantación solemne y el culto del árbol sagrado. Según dice una inscripción de Asoca, este rey hizo plantar árboles de la ciencia á lo largo de los caminos para dar sombra á los viajeros. En las esculturas vemos que acuden indistintamente fieras de las selvas y animales domésticos á buscar la sombra bienhechora del árbol apreciadísimo en toda la India. Las figuras de león que coronan las columnas mandadas erigir por Asoca con ó sin inscripciones en todas partes de su imperio, son también símbolos del Budha bienaventurado.

En los sitios donde vivió y permaneció el maestro, son sagrados para el budhista cada pulgada del terreno, y lo que en él se encuentra, sea piedra ó árbol, son para el budhista huellas del santo maestro, como sucede en Capila, Budha-Gaya, cerca de Varanasi, y Cusinaga, cuya veneración recomendó el mismo Budha, y á cuyos sitios ha añadido la leyenda muchos otros. En fin, en todo el ámbito de la India y más allá encuentra el budhista creyente huellas sagradas del Budha. Con más razón eran preciosas y sagradas las reliquias del mismo santo: príncipes y pueblos se disputaron estas reliquias hasta con las armas, y los que pudieron apoderarse de alguna se la llevaron á su país, donde le dieron culto. También podemos ad-

mitir como verídico lo que todas las tradiciones refieren, á saber: que una comunidad budhista rígida consiguió recoger todas aquellas reliquias y las ocultó de manera que no pudiesen servir al culto material, y sólo en tiempo de Asoca fueron encontradas y distribuidas por toda la India en templos y *stupas*.

Las leyendas hablan de unos 84.000 monumentos, *stupas* y templos, erigidos por el piadoso rey Asoca; y si bien este número es exagerado, no hay duda que aquel rey construyó muchos santuarios y otros monumentos, según lo demuestran muchas inscripciones. El mismo Budha dicen que al tiempo de morir dijo á cuáles de sus adeptos se consagrarían *stupas* después de su muerte, y muchos de estos monumentos fueron elevados en honor de sus dos discípulos favoritos.

Más singular que la forma de estos monumentos es su contenido, el verdadero santuario. En todo tiempo los hombres y los pueblos han honrado á sus difuntos y á los restos mortales de sus jefes y héroes; les han erigido sepulcros, les han levantado colinas y construido cavernas y pirámides colosales, y se han disputado en luchas sangrientas los restos mortales, las armas y demás objetos de uso particular de tal ó cual adalid famoso. Lo mismo hicieron los indios aryas. Los brahmanes honraban á sus muertos, recogían sus huesos de entre las cenizas de las piras mortuorias, dándoles sepultura y rociándoles de agua lustral, después de lo cual se lavaban para purificarse del contacto de los cadáveres. Al principio fué considerado como santo lo que había quedado del Budha, los restos de la cremación y los objetos que constituyeron su ajuar de mendigo. Luego se atribuyeron iguales honores á los restos de otros santos, sus discípulos, y después á los objetos que recordaban la existencia en esta tierra de otros Budhas anteriores, agregándose después á la veneración la creencia en la virtud milagrosa de tales objetos.

El culto de las reliquias en el budhismo empezó seguramente desde la sepultura de los restos mortales del Budha, y es también histórico lo que se cuenta del reparto de aquellos restos, de su recogida y ocultación, y de su distribución posterior por toda la India hecha por Asoca. Así es muy posible que á la introducción del budhismo en Ceilán, los nuevos convertidos pidieran reliquias del santo difunto. Entre estas

reliquias había muchas que se suponía que habían estado en posesión de los dioses y sido regaladas por Indra para suplir la escasez de ellas entre los hombres y favorecer á un apóstol señalado. Sobre esto hay tantas leyendas maravillosas, que basta recordar aquí como ejemplo la del colmillo de Budha, que se venera todavía hoy en la misma capilla donde lo vió hace quinientos años el peregrino chino Fa-Hian. De este colmillo trata ya toda una crónica particular escrita en Ceilán por el año 310 de nuestra Era y traducida después en lengua pali. Existen además otras crónicas de dientes santos, interesantes para el estudio del culto de reliquias.

En ningún culto religioso la veneración de las reliquias tiene menos fundamento que en el budhismo, ni en ninguna religión es tan antiguo y ha llegado á mayor desarrollo que en la religión puramente espiritual de Budha, en la cual llegaron á agregarse á las reliquias materiales imágenes y sombras impalpables, bien que fueron siempre la reliquias más importantes las materiales y las corporales del mismo Budha.

Los últimos Maurya y sus sucesores.

Asoca murió después de treinta y siete años de reinado. Sus sucesores no alcanzaron la fama ni igualaron por sus hechos al fundador de la dinastía, la cual cayó en menos tiempo del que había necesitado para subir.

Las listas de los nombres de estos soberanos difieren en las leyendas, particularmente entre las de origen budhista y las de origen brahmánico; pero son más aceptables en este concepto las últimas, que se encuentran en parte confirmadas por la antigua mención de los mismos nombres en algunas inscripciones. Citan como hijo y sucesor de Asoca á un tal Suyasas, quizás el mismo que otra leyenda llama Cusala, porque ya hemos visto que los príncipes indios usaban diferentes nombres. La leyenda budhista hace sucesor de Asoca á un nieto suyo llamado Samprati ó Sampadin, hijo de Cunala que figuró ya en vida de su abuelo como heredero del trono ó agregado á él, cosa posible porque sabemos que Asoca se había hecho monje al fin de su reinado. En la tradición tibetana se llama Vigatasoca este sucesor de Asoca, el cual tenía

más de un hijo, lo que puede haber producido una división del imperio del padre entre sus hijos, uno de los cuales, llamado Jaloca, figura como rey de Cachemira. De él se refiere que rechazó á los *mlecchas*, que habían extendido su poder sobre la India y se cree eran los griegos, que entonces habían fundado su imperio bactriano. Si esto es así, resultaría este Jaloca idéntico con Sofagaseses ó Subhagasena, que sustuvo en el Nordeste de la India victoriosamente el poder de los Maurya contra Eutidemo. Llamábasele también Nandisa, porque era celoso adorador del dios Siva, al que se representa con el toro llamado Nandi. Este rey destruyó los conventos budhistas que pudo, pero cesó en su persecución á consecuencia de una intimación divina y volvió á reconstruir los edificios destruidos. Suyasas, como se llamó el que sucedió en el trono de Pataliputra, fué adepto de Budha como su padre.

El hijo de Suyasas fué el Dasarata nombrado por las inscripciones de las cavernas de Nagaryudi, como señor y donador. Encuéntrase estas cavernas en las colinas de Kahalati ó Khalanti, entre Budha-Gaya y Patna, en el fondo de un valle al cual se llega pasando sobre bloques de granito redondeados y lisos. Las inscripciones de estas cavernas, que son tres, dicen que fueron regaladas por Dasarata, ó Dasalata, á perpetuidad, á los monjes venerables, para su morada.

A esto se reduce lo que sabemos del rey Dasarata, y menos sabemos todavía de sus sucesores, cuyos nombres varían y que son, omitiendo variaciones, Sangata, Salisuca, Somavarman ó Dasavarman, Satadhanvan y Brihadratá. De uno de éstos, Salisuca, se lee que á pesar de ser celoso budhista fué un guerrero déspota que reinó en Pataliputra, y es posible que bajo este ú otro nombre se encuentren todavía sobre él algunos datos. Del último de estos soberanos, Brihadrata, se sabe que fué destronado y muerto por su general Pushyamitra. Con él acabó la dinastía de los Maurya, que había dominado en el país ciento treinta y siete años y que fué sucedida por la dinastía Sunga, elevada por aquel general al trono en el año 178 antes de J. C.

La carencia de noticias sobre aquellos soberanos acaso deba atribuirse tanto á la falta de escritos históricos como á la insignificancia de tales reyes, que podrán haber tenido guerras contras usurpadores rebeldes que querían

hacerse independientes y contra reyes vecinos, pero que aparte de estas guerras no debieron de hacer nada notable.

Parece que ya hacia el fin del reinado de Asoca se manifestó en el país un gran descontento por el favor excesivo que se dispensaba á los budhistas, como ya se vió en vida del mismo Budha. A la muerte de aquel rey piadoso parece indudable que se estableció una corriente contraria en la opinión, la cual, según las leyendas budhistas, degeneró en enemistad abierta y en persecución al extinguirse la dinastía Maurya.

Según estas leyendas, un día el nuevo rey Pushyamitra preguntó á sus ministros de qué modo podría adquirir mejor fama, y éstos le citaron el ejemplo del rey Asoca, que había hecho inscribir en millares de puntos los preceptos de la ley, y que mientras Ista existiese duraría la fama de aquel monarca. Este medio no gustó al rey, y su sacerdote de palacio, que era brahmán, le propuso extirpar la ley de Budha. En su consecuencia marchó el rey con gran fuerza de ejército contra Cucutarama, convento cerca de Pataliputra; pero aterrizado por un terrible rugido de león, se retiró tres veces sin lograr su intento de destruirlo.

Entonces convocó á los monjes y les presentó la alternativa de la destrucción de su convento ó la de su *stupa* ó templo, y prefiriendo ellos lo primero, hizo derribar el convento y matar á todos los monjes, y después, continuando su marcha á Sacala, puso á precio cada cabello de todo *sramana* (asceta) que se apesase.

Sucedió entonces que un *sramana* ofreció su cabeza para salvar así los santuarios y la vida de sus hermanos, lo que hizo que el rey mandara degollar á todos los santos budhistas del país. Pero al fin fué tanta la resistencia que encontró, que retrocedió dirigiéndose al Sur á Coshtaca, hasta el mar del Mediodía, donde pereció miserablemente con todo su ejército.

Esta leyenda fué escrita en época relativamente moderna, pero el fondo de la persecución de los budhistas por el fundador de la dinastía de Sunga es verdadero, pues se alaba también en otra parte al rey Pushyamitra como gran amigo y protector de los brahmanes, y un poema posterior habla del sacrificio de su caballo, el cual durante su camino fué cogido por yavanas (probablemente soldados griegos), á quienes el rey con su séquito volvió á arrebatarse el animal.

La mención del encuentro en el Noroeste de la India con guerreros yavanas (ó sea griegos) confirma y se relaciona hasta cierto grado con los imperios formados en los países conquistados por Alejandro Magno. Entre los usurpadores de la herencia del gran conquistador hubo algunos que extendieron su dominio sobre territorio indio, y otros lo trasladaron completamente allí. Si aquellos potentados no dieron mayor duración y extensión á sus imperios, fué más bien á causa de discordias entre ellos que por la resistencia armada de los indios.

Tratándose de potentados extranjeros, podrían esperarse algunos datos históricos, pero estas relaciones, á pesar de existir antiguamente en gran número, se han perdido, habiendo llegado á nosotros sólo algunos datos escuetos y aislados y habiendo de contentarnos con las monedas que han sido encontradas, á la verdad en gran número, y cuyo estudio ocupa á los eruditos hace muchos años, sin que hasta ahora sus tareas hayan arrojado una luz clara sobre la historia.

El territorio en que persistieron los restos de la invasión griega es la antigua Bactriana, situada fuera de la India propiamente dicha, á saber, entre el Paropamiso, al Sur, y el Belurtag, al Este, Bokhara (Bojara) al Norte y Merv y Herat (la antigua Margiana) al Oeste. La feracidad y la excelente situación de este país lo habían hecho objeto de la ambición política en los tiempos antiguos, lo mismo que la hacen en el presente. Por él pasan las vías que conducen desde el Occidente á la India, sirviendo el río Oxo, que atraviesa el país de Este á Oeste, de comunicación fluvial desde la India al mar Caspio, desde el cual á su vez los viajes se hacen en gran parte por tierra hasta el mar Negro. Por este motivo ya Alejandro Magno ambicionó la posesión de esta región del Asia y estableció la civilización griega entre los habitantes de sus ciudades, adeptos de la religión de Zoroastro.

A la muerte del gran conquistador, se apoderaron del país los Seléucidas. En tiempo de Antíoco II sublevóse contra este rey su sátrapa Diodoto y fundó el reino bactriano independiente, con la capital Balkh (Balj), por el año 256 antes de nuestra Era, en cuyo año había fundado también Arsaces el reino independiente de Patia. A expensas de este último reino ensanchó Diodoto el suyo y murió aproximadamente á los veinte años de reinado.

Su hijo, llamado también Diodoto según Justino, hizo un tratado de paz y amistad con los partos; pero este segundo Diodoto es dudoso, y el sucesor del cual se tiene noticia segura, fué Eutidemo, pero no se sabe si sucedió inmediatamente á Diodoto. Era sátrapa de los Seléucidas, se había hecho independiente por el año 245, y valiéndose de la debilidad de Diodoto ó de sus sucesores se apoderó de su reino por las armas.

No sabemos hasta dónde se extendió en el territorio indio el dominio de estos soberanos, porque sus monedas no tienen todavía inscripción india; pero es probable que Eutidemo llevó su poder hasta el Hidaspes sobre los territorios de Gandhara, Pencaleotis y Taxila, y fué probablemente el mismo que resistió con éxito á Jaloca (Sofagasenes), rey de Cachemira. Debía de ser ya viejo Eutidemo cuando Antíoco III el Grande marchó contra él y el rey de Partia, y se unió después con este último para hacer la guerra al primero. Su hijo Demetrio fué enviado á negociar la paz con el enemigo, el cual dió su hija por esposa á Demetrio y reconoció al padre. Pero el bactriano tuvo entonces que entregar sus elefantes al sirio, con los cuales entró éste en la India y renovó con el sucesor de los Maurya, el ya citado Subhagasena, la alianza hecha con sus antecesores. Como consecuencia de esta alianza, el rey de Siria recibió otra multitud de elefantes, con los cuales se retiró, pasando por la Aracosia y Caramania, en el año 205, á su imperio, que robusteció y ensanchó. Poco después sucedió el ya nombrado Demetrio á su padre en el trono, y fué el primero que extendió su dominio muy lejos en dirección Sur, sobre la Aracosia, Patalene y Malava hasta Guzerat.

El reino bactriano llegó bajo el cetro de Demetrio á su máximo esplendor. Levantóse sin embargo contra Demetrio, el primer soberano que aparece con el título de rey de la India, un potentado llamado Eucrátides, de origen desconocido.

Incapaz de hacer frente á los gobernadores de la Bactriana y á su aliado el rey de los partos, atravesó la región montañosa del Sur y marchó contra Demetrio, á quien parece que venció después de larga guerra, y extendió su dominio hasta el Hifasis en el Penjab, es decir, hasta el límite de la expedición macedónica. Pero sobre todo esto no puede fijarse fechas

Sólo se sabe que en su marcha de regreso hacia la Bactriana, en el año 150, fué asesinado por Heliocles, su hijo y co-regente y que reinó después de él, según los autores más modernos, hasta el año 125 antes de J. C. También parece cierto que antes de este usurpador y en su reinado hubo otros soberanos en el país, como un nuevo Eutidemo, el hijo y co-regente de Demetrio, y un tal Platón (Epifanes). Pero es seguro que Heliocles fué el último rey independiente de los territorios bactrianos é indios al Norte del Hindokush.

Con Heliocles llegó el imperio bactriano á su fin, siendo inútil nombrar aquí los soberanos que se citan, porque de ninguno de ellos se sabe cuándo ni hasta dónde extendieron su dominio en la India, como se supone en particular de Agatocles. Ciertamente es que reinaron en determinadas provincias del imperio con más ó menos independencia, hasta que con Diomedes y Arquebio la independencia del imperio greco-bactriano llegó á su fin, siendo el que acabó con este imperio Arsaces VI.

El primer Mitrídates, rey de Partia, en sus guerras con el Seléucida, Demetrio Nicator, sobrino de Antíoco, venció á este último definitivamente en el año 140, y con él al rey de la Bactriana, su aliado quizás por fuerza. Después de esta victoria no se habla ya de la Bactriana como reino independiente.

Del rey de Partia citado se puede asegurar que no dominó al otro lado del Hindokush, es decir, en la India propiamente dicha; pero se sabe que entonces existieron ya reinos greco-indios, cuyo fundador no pudo ser Demetrio, hijo de Eutidemo y rey de la Bactriana, pues aquellos otros reyes greco-indios, de los cuales la tradición brahmánica cita ocho, debieron justamente su independencia á su separación del imperio bactriano. El primero que se cita fué Apolodoto, contemporáneo y quizás hermano de Heliocles.

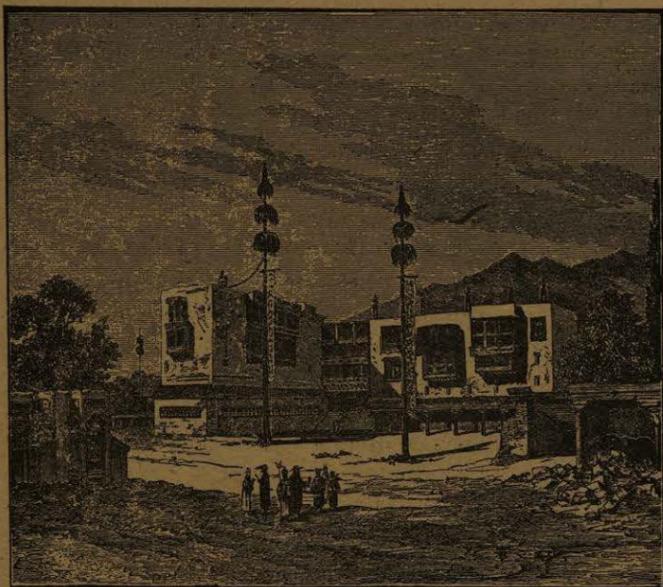
En sus monedas, las primeras que presentan unido el arte griego al indio, vemos la figura del dios Apolo, lo que hace presumir que Apolodoto reinó en Cabulistan y en el Penjab hasta el río Vipasa, y quizás también en el país de Sindh, que antes de él había conquistado el rey de la Bactriana. Respecto de sus sucesores difieren los datos, pero uno de ellos fué Menandro, llamado por los indios Milinda ó Mininda, del cual se dice que tuvo relaciones estrechas con el

sabio budhista Nagasena, que, según tradiciones le convirtió al budhismo. Hay escritores griegos que elogian á este príncipe como sumamente sabio y justo y además perito en la guerra, y dicen que llevó adelante el plan de conquista de Alejandro Magno más que ningún sucesor de éste. Llegó victorioso hasta el río Yamuna, derrotó á los habitantes de Madhyadesa y quizás sitió la ciudad de Saketa ó Ayodhya, todo lo cual atestiguan sus monedas, que se han encontrado en grandísimo número en una extensión vasta de territorio. Los bustos le representan ya joven, ya viejo, lo que prueba su largo reinado.

Según estas monedas, empuñó Menandro el cetro real por el año 150 y llegó vencedor y conquistador hasta el río Yamuna en la cuenca del Ganges, sin que se sepa que pasara este río y que asediase á Saketa. Según costumbre antigua de los reyes, llamó en todas partes á los sabios del país para que le explicaran sus doctrinas y su ciencia, siendo quizás uno de estos sabios el ya mencionado Nagasena. En sus monedas figura Palas como su diosa protectora y luego como símbolos, delfines elefantes, panteiras, caballos, búfalos, jabalies y buhos, con la rama de palmera y la rueda cual símbolos de la sabiduría griega é india.

Según Plutarco, al morir Menandro en una de sus expediciones guerreras, las ciudades (naturalmente las de sus dominios) quisieron á porfía darle digna sepultura, lo cual dió origen á una contienda entre ellas, queriendo cada una llevarse sus restos, que, finalmente, fueron repartidos entre todas ellas. Esto recuerda la leyenda de los restos de Budha y hace suponer, ya sea fábula ó ya verdad, que las creencias dominantes en aquel país eran budhistas, lo cual confirman documentos del país que dicen que el budhismo florecía entonces en el Noroeste de la India, en Cachemira y Gandhara y hasta en el Cabulistan y la Bactriana. También puede admitirse que los budhistas de aquel país veían en su soberano un amigo y adepto del budhismo. No hay noticias seguras que permitan afirmar hasta dónde llegó en la India el dominio de este afamado y célebre rey extranjero, contemporáneo de Heliocles, ni si reinó también en la antigua Bactriana. Tampoco hay noticias sobre su última campaña ni sobre la fecha de su muerte, pero se le puede suponer un reinado de treinta años.

Como sucesores de Menandro se citan sólo nombres, sin indicios cronológicos ni históricos. Los escritos brahmánicos nombran cuatro ó cinco de estos soberanos, que bastarían también para toda la época restante, pero resulta que en las monedas aparecen más nombres de reyes que pertenecen á este período. Así se encuentran, entre otros, dos Estraton, padre é hijo, y una regente, Agatocla, probablemente la madre del último. Luego vienen Nicio, Hipostrato, Telefon, como soberanos anteriores á Hermayo, según todos el último de la dinastía, que fué



Monasterio budhista en la Alta India.

destronado por un jefe de hordas escitas, por el año 85 antes de Jesucristo ó algo después.

Ejerció influencia el dominio griego sobre la civilización, los pueblos y las creencias de la India, porque es indudable que con estos soberanos griegos llegaron otros griegos, soldados, mercenarios y acaso también comerciantes, sabios y artistas. Muchos de ellos habían estado antes en la Bactriana, en las provincias sirias y en la Macedonia, y todos se establecieron con preferencia en las ciudades, residencia de los reyes.

El gran número de monedas de diferentes clases que se encuentran en lugares muy distantes, demuestra desde luego que existió un activo comercio entre el Este y Oeste del mundo antiguo, y también es positivo que la práctica de las artes griegas tuvo un notable desarrollo en el imperio greco-bactriano, si bien se han des-

cubierto hasta ahora pocos restos de estas artes, seguramente á causa de la destrucción que sobrevino después.

Tampoco puede negarse que muchas semillas de la ciencia griega encontraron un suelo fértil y que produjeron su efecto; mas no es éste el lugar de entrar en problemas de civilización é historia tan importantes. Puede tenerse de todos modos por seguro que si aquellos reyes y sus vasallos introdujeron en la India constituciones y costumbres políticas, se apropiaron y transportaron al mismo tiempo de la India al Occidente mucho más de lo que llevaron á ella, no haciendo en esto sino imitar á Alejandro Magno, al cual gustó tanto lo que vió en la India, que después lo introdujo en su corte y vida particular.

En resumen, los griegos aprendieron más de los indios que éstos de los griegos. La influencia india sobre los griegos fué permanente, mientras que la influencia griega en la India fué relativamente muy fugaz, quedando únicamente un débil recuerdo de Alejandro Magno, un recuerdo mayor de Demetrio el Grande (si es en realidad idéntico al Data-

mitra del gran poema), y otro aún más duradero de Menandro, el *Mininda* de los indios, y al cual éstos erigieron los monumentos llamados *caityas*. Esto y las monedas y otros restos hallados, es lo único que se ha conservado en la India del dominio griego.

Si son escuetas las noticias que tenemos acerca de los reyes greco-bactrianos y greco-indios, respecto de Pushyamitra y su dinastía no encontramos más que nombres, y éstos inciertos, para llenar períodos más ó menos grandes de la historia.

Pushyamitra reconquistó la mayor parte del antiguo imperio maurya, que se extendió, según un dato muy posterior, hasta al Narmada, en el Sur, y fué ensanchado todavía más en esta dirección por su hijo y sucesor, el cual sometió al rey de Vardha, hasta el río Varada.

Este hijo y sucesor de Pushyamitra se llama

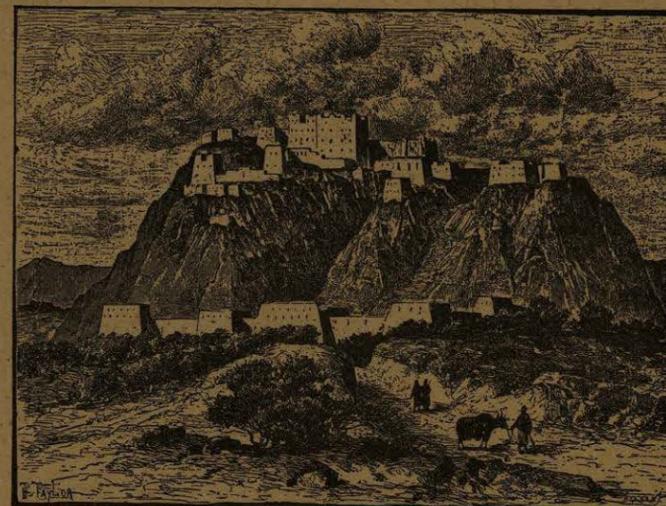
maba Agnimitra, del cual nada sabemos, fuera de lo que acabamos de decir, y aun esto no es seguro. Pushyamitra reinó treinta y seis años y su hijo Agnimitra ocho años. Sus sucesores, que reinaron uno, dos, tres, y hasta diez años, se llamaron, sucediéndose de padre á hijo, Vasumitra, Adraca, Pulindaca, Goshavasú, Vayramitra, Bhagavata y Devabhuti. El penúltimo reinó, al parecer, veintidós años, y todos juntos (nueve reyes ó diez, según algunos), reinaron ciento diez años en Pataliputra ó en Vidisa, es decir, desde el año 178 al 66 de nuestra Era.

A esta dinastía sigue la de los Kanva, familia sacerdotal ó de cantores religiosos, con nombres de antiguo prestigio en las leyendas. El ministro, ó probablemente el sacerdote de palacio, el *purohita*, destronó y mató al último rey de la dinastía Sunga por estar entregado á los vicios. Este sacerdote llamábase Vasudeva y reinó nueve años. Su hijo, Bhumimitra, reinó catorce años; el hijo de éste, llamado Narayana, doce años, y diez el hijo de éste, Susarman, de modo que todos juntos reinaron cuarenta y cinco años, es decir, hasta el año 21 antes de nuestra Era; pero no debieron de residir en Pataliputra, sino en Vidisa, en el centro de la India, estación antigua del budhismo. De esta dinastía no se citan pormenores que interesen á la historia, pero es de suponer que fuera grande su influencia, por reunir el poder temporal y el religioso.

Mucho menos sabemos de los reyes que le sucedieron, y que eran naturales de Andhra, territorio llamado también Telinga, situado en el Decan oriental, entre el Krishna y el Godavari, pasando un poco estos límites, sobre todo del lado Oeste, hasta, aproximadamente, la embocadura del Manyira en el río principal, región que forma parte hoy de los territorios de Nizam y del Norte de Madras. Refiérese que un individuo de este territorio, llamado Sipraca, era servidor del rey Susarman, al cual asesiné, y sucediéndole en el trono, le ocupó veintitrés años. Sucedióle su hermano Krishna, cuyo reinado

duró diez ó diez y ocho años, siendo sucedido á su vez por Satakarni, al cual se atribuyen en un escrito hasta cincuenta y seis años de reinado. Este último es citado también en una inscripción, si bien hubo otros reyes del mismo nombre. Desde este punto difieren en las listas de los Puranas los nombres de tales reyes, su número y el de los años de sus reinados. Se citan desde 17 hasta 30 de estos soberanos, con trescientos cincuenta y seis hasta cuatrocientos sesenta años de reinado en junto. Pero faltan ciertos datos para entrar en pormenores.

Ya que nos hallamos en dirección Sur, vol-



Los monasterios budhistas de Lassa.]

vamos á la historia de Ceilán, cuyas leyendas ó crónicas tampoco sirven para fijar la historia verdadera y se parecen, con sus gigantes y héroes á tantas otras crónicas del Norte, y muy particularmente á la célebre crónica de Cachemira.

En Ceilán vemos que después de Devanampriya-Tishya, el amigo y correligionario de Asoca, reinaron otros cuatro hijos de Mutasiva, cada uno diez años. En el octavo año del reinado del primero de estos cuatro hijos, llamado Utiya, murió Mahendra, á cuya memoria se erigió una *stupa*, en la cual se guardaron sus restos mortales. Siguió á este rey, primero Mahasiva, luego Suratishya, después dos reyes tamules, Sena y Guptica, que reinaron veintidós años, hasta que Asela, el cuarto de los hermanos primeros, venció y mató á los dos. Asela fué muerto por Elara, rey tamul, que había acudido